



# El reinado de Witiza

Un nuevo caso de Plinio

Francisco García Pavón

El argumento arranca de un misterioso hecho acaecido en el cementerio municipal de Tomelloso. Antonio «El Faraón», popular comerciante de vinos del pueblo, había abierto recientemente un nicho de su propiedad para que se aireara de cara a la inminente toma de posesión del mismo por parte de su señora suegra (todo un detalle de amor filial y de afición a la limpieza, sin duda). Pues bien, un día el susodicho nicho amanece tabicado. El Faraón acude a denunciar ante los municipales el tan extraño como vergonzoso atentado contra su patrimonio. Desplazados al lugar el Jefe de la Policía, su ayudante oficioso y el médico forense se ordena al encargado del camposanto romper la pared para comprobar qué sorpresa aguarda dentro. Y en el hueco —tampoco voy a engañar a nadie— aparece lo que cabe esperar que aparezca al abrir un nicho: un cajón con su correspondiente muerto incorporado. Empieza entonces en Tomelloso el llamado «reinado de *Witiza*» en recuerdo de aquella frase con la que los manuales escolares de la época comenzaban a evocar la figura de aquel monarca visigodo: «Oscuro y tormentoso se presentaba el reinado de *Witiza*...». Pues oscura, muy oscura y bastante tormentosa se presenta también para *Plinio* la investigación sobre la identidad de un cadáver anónimo, sobre la causa de su muerte y sobre sus posibles asesinos y, especialmente, sobre las razones que llevaron a darle sepultura de aquella forma.

*A la memoria de mi padre,  
que tanto celebraba mis escritos.*

## LOCALISMOS QUE APARECEN EN EL TEXTO DE ESTA NOVELA

*Abundio*. — Tonto.

*Aguáillas* o *Aguadillas*. — Mojadura leve o inmersión rápida.

*Aguilando*. — (Por aguinaldo).

«*Anade*» (el «Hermano»). — Se llama así a un viejo bodeguero que se cayó en una tinaja y estuvo nadando hasta que lo sacaron.

*Asura*. — (En la acepción de sofoco, vergüenza).

*Bacín*. — Excesivamente curioso, metomentodo.

*Bacinear*. — Curiosear.

*Candorro*. — Rústico.

*Caneloso*. — Zalamero. Que se comporta como un perro canelo cuando lo acarician.

*Catral*. — Pintorescamente exagerado. Tremendo.

*Cima* (ser un). — Tonto (posible apócope de cimarrón).

*Cobete*. — Cohete.

*Contao* (al). — En seguida, de contado.

*Copero* (dar copero a una cosa). — Dar forma, solucionar un problema, calma, solemnidad.

*Descacharse*. — Hacerse cachos, destrozarse.

*Descuartao*. — Que está sin dinero, sin cuartos.

*Encanarse*. — En sentido de mirar con fijeza, con obsesión.

*Empotre*. — Nudo de unión entre tinaja y tinaja hecho de piedra y yeso.

*Oraje*. — Estado del tiempo, sea bueno o malo.

*Pita.* — Órgano viril. Pene.

*Quiquilicuatre.* — Asentimiento, confirmación de lo que se escucha. En el lenguaje familiar equivale a decir «exactamente».

*Rafita.* — Se dice de la mujer agría, desdeñosa, rápida en el decir.

*Revinar* (en la acepción de recordar, de darle vueltas a una idea o suceso pasados).

*Sinaco.* — Torpe, tonto, sin gracia.

*Tiberio.* — Jaleo, desorden, trifulca, juerga.

*Virulo.* — Hombre de campo, más concretamente viñero, en sentido despectivo.

*Zurra.* — Especie de sangría hecha generalmente con vino blanco, agua, azúcar y fruta.

## JUEVES

Manuel González, alias *Plinio*, Jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, y su colaborador y amigo entrañable don Lotario el veterinario, con aire desganado contemplaban la plaza del pueblo tras la vidriera de uno de los balcones del Casino de San Fernando.

—En Castilla no hay primavera —sentenció don Lotario mirando las copas de los árboles de la glorieta despeinados por el viento—. Castilla es como ciertas mujeres mal templadas, que pasan del frío al calor o de la risa al llanto sin puente medianero.

El cielo estaba de un gris gordo y obsesionante que aplastaba las casas y la torre, se metía por puertas y ventanas, amainaba pájaros y gritos, empozaba el pueblo. Los árboles cabeceaban con desespero, intentando sobrenadar el toldo que los anegaba.

—Es mucha Castilla. Ella nos ha hecho a los españoles tan raros... Hay veces que no la aguanto —aventuró tímido don Lotario—. Debe de ser por mis oriundeces levantinas.

—Yo la aguanto, pero no me gusta. Es una tierra con muy mala leche. Me place la gente castellana porque ríe lo justo y no presume... Pero el campo y el clima, para su madre.

—... Los escritores dicen que es muy buen paisaje.

—Claro, para verlo. A mí también me lo parece, pero no hay quien pare en él.

—Hombre, así en el otoño, pasear por el monte o comer carne frita con ajos en una huerta no está nada mal.

Encendieron un cigarro y continuaron en silencio compungido ante el panorama de la plaza.

Aquel plomazo aplastaba las gentes y los coches. El Ayuntamiento, que estaba a la derecha, parecía sin respiración, sin guardias, sin alcalde y sin serenos cantores, decoración vieja de teatro repuesta sin motivo. Enfrente, la Posada de los Portales, con su aire norteño de solaneras, columnas, almagres y cales, posada de antiguos arrieros y tratantes que dormían en el suelo escuchando cocear las caballerías sobre la piedra todas las horas de la noche. Y a la izquierda del Casino, la iglesia. Plomo sobre piedra, torre chata y hechuras sin gracia, donde fueron bautizados cinco siglos de tomelloseros. Suspiradero de beatas, alivio de afligidos, oficina de funerales, catálogo de purpurinas y amenes. Tras este redondel de la Plaza, alrededor de este despeje, se extendía todo el pueblo llano, de cales, con más de treinta mil almas alimentadas por la cepa y sus caprichos. De cuando en cuando una fábrica de alcohol, un agrio olor a vinazas, lumbreras en el suelo que alumbraban las bodegas subterráneas, tractores y remolques, carros olvidados en rincones, aparejos de mulas ya inexistentes. Paz, trabajo, mucho trabajo contra un suelo terco y sin entrañas.

—El caso es que no parece tormenta —volvió a comentar el veterinario.

—¡Qué va! Es ganas de fastidiarnos el mes de junio.

Tras ellos se oían los fichazos de los jugadores de dominó, alguna risotada y las musiquillas de los anuncios de la televisión.

—No crea usted, don Lotario, que yo aguanto la televisión —dijo de pronto y sin que viniese a cuento el Jefe.

—Ni yo.

—Por sistema, hago todo lo contrario de lo que dice.

—Si te dejas llevar, hacen de ti un monicaco.

—Nos tratan como doctrinos —reforzó *Plinio*—. Cada cual debe hacer lo que se le ocurra con tal de que no perjudique a tercero.

—Lo malo es que a la mayor parte de la gente no se le ocurre nada. Hay más tontos que feos, Manuel.

—No me lo diga. Y si no tontos, por lo menos sin ocurrencias, que viene a ser lo mismo... ¿A qué vendrá éste con tanta prisa? —se interrumpió *Plinio* al ver que el cabo Maleza cruzaba la Plaza con dirección al Casino. Como éste solía recrearse en cada paso como si fuera el último que iba a dar en su vida, *Plinio* y don Lotario, cada vez que lo veían andar a velocidad normal, que correr nunca, presumían noticia.

—A ver si es que ha «salido algo», Manuel —dijo don Lotario.

*Plinio*, que naturalmente pensó lo mismo, entornó los ojos y se pasó la mano lentamente por la nariz. Luego se volvió de espaldas al balcón para que Maleza reparase en él en seguida de entrar. Don Lotario, con las manos en los bolsillos del pantalón, también se volvió en actitud de espera.

Apareció el cabo en la puerta del salón y apenas giró vistazo columbró al Jefe y a su compadre. Se acercó sorteando las mesas de partida, y llevándose la mano descuidadamente a la visera de la gorra a manera de saludo, soltó su mandado:

—Jefe, que le llama el señor Juez.

—¿Qué pasa?

—No sé. Llamó por teléfono al cuarto de guardia, y como no estaba usted me dijo que lo buscara al *contao*.

—Espéreme aquí, don Lotario. Será alguna *cachupinada*. En seguida vengo.

—Aquí estoy, Manuel, y si tardas, en el herradero.

*Plinio* marchó seguido de Maleza. Y don Lotario se acomodó en una silla, junto al balcón, para no perder de vista la puerta del Juzgado.

Desde que se mecanizó el campo todos los veterinarios del pueblo estaban dados a los demonios y a completar sus ingresos con otras dedicaciones. Todos menos don Lo-

tario. Como tenía viñas por parte de entrambos cónyuges, amén de un razonable capital amasado con muchos años de profesión, ahora encontraba tiempo para acompañar a *Plinio* en todas sus correrías sin cargos de conciencia. Porque antes, cuando la carrera daba tanto trabajo, cada vez que salía con *Plinio* de aventuras, su mujer y sus hijas no lo dejaban en paz echándole en cara su afición. «Qué vergüenza, un hombre que en vez de atender a sus enfermos como Dios manda se va a jugar a los buenos y a los malos como un muchacho» o «Lo nunca visto, tener una carrera tan respetable y gustarle ser guardia municipal».

En el antedespacho del señor Juez estaba el secretario don Tomás, alias «don Tomaíto», por lo que le daba a la copa. Don Tomás era amigo de beber a solas o en compañía, según se terciaba y según le apretaba la melancolía. Solterón y andaluz no se encontraba en su ser mientras no tenía una copa de jerez delante de su sonrisa. Cuando bebía en compañía el hombre era una fiesta. Cuando bebía solo en las tabernas apartadas, con los brazos apoyados en el mostrador, el cigarro en la boca y los ojos tras los lentes a nivel de la copa, «don Tomaíto» era un entierro de caridad. Julián Ayesta, que cayó por aquel pueblo a dar una conferencia y vio al «secre» confesándose a solas con una copa en el bar de la Lola, le llamó «el solicopero», como dicen en América. A don Tomás le cayó en gracia el dicho y se inventó una copla:

*«Los que me ven beber solo  
me llaman solicopero.  
No saben que acompañado  
que estoy más solo, es lo cierto».*

También estaba en el Juzgado Antonio *el Faraón*, corredor de vinos y con ciento veinte kilos de carne sobre su es-

queleto.

—Me dicen que llamó el señor Juez.

—No, e *sío* yo que *er señó Jué* está en Arcasa.

—¿Y qué pasa?

—*Pue na*, que al Antonio *l'han birlao* un nicho.

—¿Cómo que le han birlao un nicho?

—Sí, que le han *enterrao* un forastero en su patrimonio... *Vamo*, que ya le van a *robá* a uno hasta la *sepultura*.

*Plinio* miró al *Faraón* con aire interrogativo.

Y Antonio *el Faraón*, sentado a horcajadas sobre una silla, sonreía con toda su cara.

—Que se lo cuente él —añadió el secretario que de vez en cuando corregía su pronunciación andaluza.

—Pues nada —comenzó *el Faraón* con mucha prosopopeya—, que esta mañana se les ha ocurrido a las mujeres ir a hacer una visitica a los muertos, a llevarles flores y esas cosas... Y han visto que mi nicho... vamos, el que tengo yo *comprao* y disponible, Dios quiera que para la suegra que todavía tengo en casa aunque de muy mal ver, pues que estaba *tapiao*. Claro, lo natural, como mi mujer y la chica no recordaban que hubiéramos enterrado a nadie últimamente, pues se han ido a ver al camposantero.

—Y el camposantero *in albis* —cortó el secretario.

—¿Que qué me dice, Manuel? —preguntó Antonio con sorna.

*Plinio* hizo un gesto de escepticismo. Pero si don Lotario hubiera estado presente habría notado que en sus interiores la gozaba el Jefe, porque aquello olía a «caso gordo».

—Yo creo, *Manué*, que debe usted *echá* un vistazo por... *aquer* sitio —el «secre» era supersticioso como un gitano— y que *er* camposantero quite el tabiquillo a ver qué hay. Si, cosa que no espero, hay fiambre, me da un telefonazo y nos *personamo* allí *er Juzgao* con el forense.

—¿Yo podré ir también? —dijo *el Faraón* intentando incorporarse.

—Naturaca —autorizó don Tomás.

—Avisé usted a don Lotario a ver si nos lleva en su coche y nos ahorramos el paseo —añadió *el Faraón*, pensando en el gusto del veterinario, en la reacción de *Plinio* y la comodidad de todos.

El Jefe, sin añadir palabra, llamó por teléfono a don Lotario.

Fueron en el «Seat 600» del veterinario. Como era tan poco coche para tanta mercancía, al *Faraón* tuvieron que encajarlo a empujones.

—Parece mentira, don Lotario, que siendo usted un hombre de carrera y con cuartos no tenga un auto más señor —dijo *el Faraón* resoplando apenas arrancó el coche, camino del Cementerio.

Pero don Lotario ni se tomó la molestia de contestarle, porque en aquel momento *Plinio* le ponía en antecedentes del servicio que iban a hacer.

Al veterinario le olió bien el caso, como esperaba el Jefe, y conducía con la barbilla casi pegada al volante y los ojos entornados, como siempre que ponía mucha ilusión en algo.

—Desde luego, es que lo que me pasa a mí no le pasa a nadie, don Lotario —siguió *el Faraón* cuando vio a don Lotario enterado del negocio—. Un nicho no se lo han robado a ningún cristiano desde los tiempos de los godos.

—«Oscuro y tormentoso se presentaba el reinado de Witiza» —dijo don Lotario a voces.

—¿Pero qué dice este hombre? —preguntó extrañado *el Faraón*.

*Plinio* se rió con todas sus ganas.

—Siempre que se habla de reinados o de los godos me acuerdo de esa frase que decía un libro que estudié en la escuela —aclaró el veterinario.

—Pues anda con Witiza; pobre señor, las que debió pasar —comentó Antonio.

Todos volvieron a reír y luego callaron unos segundos. Hasta que rompió a hablar de nuevo don Lotario:

—Pero yo siempre he visto que los nichos libres están tabicados.

—Sí, señor; pero mi mujer, cuando lo compramos hace cosa de un mes, quiso que lo dejáramos destapado.

—¿Para qué? —preguntó *Plinio*.

—¡Ah! Ella dice que para que se airee. Como cree que su madre va a hincar el pico de un momento a otro (cosa que yo no espero) y estas Calonjas son tan relimpias, pues quiere enterrarla con mucho aseo.

—¡Puñeteras mujeres! —exclamó *Plinio*.

—Nunca sé de qué tienen hecha la cabeza —dijo *el Faraón*.

—Ni cabeza ni *na* —siguió *Plinio*— son ingle sola.

—Eso de ingle es un decir.

—Es que Manuel, como es tan púdico, en vez de decir el sitio dice la vecindad.

Los paseos del Cementerio estaban desiertos. Bajo el cielo plomo de aquella tarde ventosa parecían más de irás y no volverás que nunca.

Sacar al *Faraón* del «Seat» fue obra de romanos.

—Yo no sé cómo no harán los coches a la medida del hombre —rezongó mientras se componía el formato.

Como don Lotario, tan bajito y delgado, creyó una indirecta el dicho del *Faraón*, replicó vivísimo:

—Es que tú no eres un hombre.

—Anda, coño, ¿pues qué soy?

—Un almorchón.

—¡Ay, qué don Lotario este!

En el mismo zaguán del Cementerio el sepulturero Matías estaba sentado en un taburete concluyendo la masticación de un trozo de queso manchego bastante duro. Al ver al Jefe y la compañía, tragó rápido en un fuerte estirón de las poleas del cuello y le dio un tiento a la botella de blanco que tenía bajo la corva.

—Que aproveche —dijo *Plinio* al saltar del coche.

—Es que, sabe usted, como tengo el estómago *echao* a perder, si no como a menudo, me dan unas dolascas que me retuerzo.

—Pero si le sigues dando al morapio, por mucho que frecuentes el condumio, haces un pan como unas hostias —comentó don Lotario.

—Tú, Matías, no le hagas caso, que eres criatura humana, y él es veterinario —comentó *el Faraón*.

—No crea, el vino no me daña. Lo tengo bien visto. Lo que me raja es *la coñá*. Cuando estuve trabajando en la bodega de los Peinados, el señorito Leoncio, que en paz descanse, siempre decía que *la coñá* lo curaba todo. Pero sí, sí, para mí es propiamente como si pariera cada vez que me acerco a ella.

—Pues el vino viene a ser poco más o menos —insistió el veterinario.

—Pues ya ve usted. No lo siento. Ni ardor me da. Debe ser por la costumbre de tantos años.

—Bueno, bueno, allá tú.

—Tú, tumbero, come y bebe lo que te siente —terció otra vez Antonio— que médicos y veterinarios saben la mitad de la mitad. A mí me mandaron que me quitara de fumar y aína si me muero. Cada cuerpo tiene sus «aqueles» que nadie sabe.

—Vamos al caso —urgió *Plinio* que estaba impaciente— ... Entonces tú, Matías, ¿no sabes quién ha podido tapar ese nicho?

—No señor.

—Pero, bueno —replicó en plan de policía—, ¿es que aquí entra y sale quien le da la gana?

—Hombre, claro —contestó Matías sin inmutarse—, éste, aunque triste, es un sitio público.

—En donde entran más que salen —comentó *el Faraón*, riéndose.

—Pero una cosa son las visitas y acompañamientos, y otra que te tapen y destapen los nichos y tú ni lo huelas.

—No sé qué le diga. Yo siempre ando por aquí... Como no fuera por la noche.

—Pero por la noche, ¿cierras o no?

—Sí cierro, Jefe, pero para el buen ladrón nunca hay puerta fuerte.

—Venga, vamos para allá y tráete las herramientas para ver qué hay.

—Mira que como nos hubiese dejado un tesoro algún tímido —dijo *el Faraón* cuando ya iban de camino hacia la Galería de San Juan.

—Sí, sí. Menudo tesoro —coreó Matías, que iba delante con una escalerilla de potro al hombro y una picota en la mano.

De pronto se oyeron unas voces detrás del grupo:

—¡Matías! ¡Matías!

Era don Saturnino, el forense, seguido de otras gentes enlutadas.

Matías al verlos pareció muy extrañado, y preguntó a voces:

—¿Pero no habíamos quedado en que mañana?

—Estás tú bueno —dijo el forense avanzando hasta llegar a su altura—. Te dije que hoy a las siete.

—Me dijo que el viernes a las siete.

—¿Pues, qué es hoy, cavador? —preguntó muy cargado de razón, mientras se alisaba el pelo que le desordenaba el aire.

—¡Jueves!

—¡Viernes!

Matías consultó a todos con la mirada y ante el asentimiento del coro comentó, mirándose la punta de la alpargata:

—Desde luego es que siempre entre muertos, pierde uno el tino del *almenaque*.

—Menudo *almenaque* estás tú hecho.

—Pero ¿de qué se trata, doctor? —cortó *Plinio*.

—De una exhumación.

—Entonces ha tenido usted suerte, porque a lo mejor va a matar dos pájaros de un tiro.

—Pues ¿qué pasa? —preguntó tocándose el nudo de la corbata y con su habitual aire de aburrido.

—Ahora le explicaré. Anda, Matías, vamos primero a esa exhumación y después a lo que íbamos.

—Pues bueno.

Dejó la escalera al pie de un ciprés y echó a andar delante, con la herramienta en la mano, hacia la parte del Cementerio Viejo que ya habían dejado atrás.

—Es que este Matías es un juevista —dijo *el Faraón*.

—¿Qué es eso de juevista? —preguntó *Plinio*.

—Yo, ni juevista ni narices; lo que pasa es que no paro en to el día.

—¿Pero a qué hablas si no sabes lo que es juevista?

—Ni falta que me hace.

—Míralo qué educado... Sí, hombre, un periódico de los curas que recibe mi chica y dice: «si quieres ser buen juevista, suscríbete a esta revista».

Con don Saturnino, el forense, venían cinco o seis hombres y dos mujeres, enlutadísimos, de aspecto muy rústico y que apenas hablaban entre ellos.

Luego de mil vueltas y revueltas, el camposantero se paró ante un nicho bajo, de traza muy antigua. La lápida era de mármol blanco, con esta leyenda en letras marrones: «Aquí yace Mariano López Birria, Sargento de la Gloriosa Infantería Española. 1840-1896. Sus hijos no lo olvidan. Amén».

Sin más consultas, Matías se escupió las palmas de las manos, se las restregó y empezó a picar al hilo de los bordes de la lápida para ver el modo de sacarla entera. Que su oficio sí que lo sabía Matías.

Y todos hacían corro al enterrador con los ojos fijos en la marcha de su picota, menos *Plinio* y el forense que ha-